



Instituto de Cultura y Turismo de San Gil

Memorias de mi vereda



Instituto de Cultura y Turismo de San Gil

Documento.

Memorias de mi vereda

Nombre del territorio rural campesino.

Veredas Guarigua Bajo, Ojo de agua, El Volador y el Cucharo
Municipio de San Gil.

Fecha de elaboración.

Julio de 2023

Director/ Supervisor:

Lida Alexandra Forero Bernal

Autor/ Compilador:

Oscar Gregorio Rodríguez Silva

Coordinadora:

Marleny Sanabria Cruz

Realizador entrevistas:

Marleny Sanabria Cruz

Oscar Gregorio Rodríguez Silva

Fotografía:

Oscar Gregorio Rodríguez Silva

Diseñador Gráfico:

Rolando Millán Muñoz

Corrector:

Manfry Gómez Ditta

Agradecimientos especiales a:

Luis Eduardo Benítez Ortiz

Oscar Rosendo Neira

Jesús Arenas

María Luisa Benítez

Gloria Janeth Neira

Aurora Céspedes

María Cecilia Ardila de Buenahora

María Celina Avendaño Ballesteros

Edita Caballero Ardila

Miguel Ardila Delgado

Clemente Sánchez

Luis Felipe Acevedo

Índice

Contenido	
Introducción	5
¿Qué es la identidad cultural?	6
El contexto de la Zona	7
Las primeras veredas	8
CONOZCAMOS LAS MEMORIAS DE MI VEREDA	9
1. GUARIGUA BAJO	9
1.1. LAS HISTORIAS DE GUARIGUA BAJO	10
2. VEREDA EL VOLADOR.	19
2.1. LAS HISTORIAS DEL VOLADOR	19
3. VEREDA EL CUCHARO	24
3.1. LAS HISTORIAS DE LA VEREDA EL CUCHARO	25
4. VEREDA OJO DE AGUA	33
4.1. LAS HISTORIAS DE OJO DE AGUA	34
5. RETOS Y DESAFÍOS	40
CONCLUSIONES	41

Introducción

El municipio de San Gil ha venido experimentando una reducción de su población rural campesina. San Gil cuenta 149.5 Km cuadrados de terreno, el 94.5% de este territorio es rural y en él vive hoy el 16% de su población. En 1973 este valor era del 25%. Son cada vez menos los campesinos. Por tanto, es necesario preguntarse ¿qué va a pasar con las costumbres, las tradiciones, valores, formas de ser y de actuar que dieron identidad cultural campesina a esta población que históricamente ha garantizado el sustento alimenticio y dinamizador social y económico de los pueblos?

En la medida que el municipio se consolida como una capital turística, aumenta la dinámica de urbanización de la población rural y un repoblamiento por parte de personas de la ciudad, que instalan su casa de descanso u hoteles, trayendo consigo otras formas de ver y sentir el campo. Esto incrementa la presión y genera cambios en las costumbres y tradiciones heredadas por sus padres y abuelos y que son propias de las personas que habitan las zonas rurales del municipio. Por lo anterior, el Instituto de Cultura y Turismo de San Gil se ha propuesto mediante diversas actividades tratar de rescatar, resaltar y valorar las tradiciones campesinas. Como parte de estas acciones, se pretende documentar algunas historias y testimonios de pobladores de las veredas que recojan las tradiciones, las costumbres familiares, gastronómicas, sociales y organizativas por medio del documento Historia De Mi Vereda. Iniciando con las comunidades de las veredas de Guarigua bajo, el Volador, Ojo de agua y el Cucharó.

Por medio de estas historias y testimonios conoceremos quiénes fueron los primeros pobladores, las relaciones familiares, cómo se organizaron para lograr construir sus vías de acceso, las escuelas y sus acueductos y cuáles eran sus platos favoritos, el compartir social, las fiestas y los encuentros que fueron construyendo la identidad de estas veredas.

Bienvenidos a esta primera entrega de Historias De Mi Vereda, esperamos que disfruten de estos relatos que los lleven en un viaje por la historia, las tradiciones y la cultura de la población campesina de las veredas de San Gil.

¿Qué es la identidad cultural?

Para iniciar considero necesario que nos pongamos de acuerdo en lo que entendemos por identidad cultural. Para esto se plantea ¿Qué es y cómo se compone la identidad cultural?

La identidad cultural está compuesta por una serie de elementos que reflejan las características y valores distintivos de un grupo o comunidad. Estos elementos pueden variar dependiendo de la cultura, la región geográfica y otros factores contextuales. A continuación, se mencionan algunos componentes comunes que contribuyen a la identidad cultural:

Tradiciones y costumbres: las prácticas culturales transmitidas de generación en generación, como rituales, celebraciones, danzas, música, vestimenta, gastronomía, ceremonias, entre otros.

Lenguaje y expresión oral: el idioma o dialecto utilizado por la comunidad, así como el uso de modismos, refranes, historias y formas de comunicación propias de la cultura.

Creencias y valores: los sistemas de creencias, religiones, mitos y valores compartidos por la comunidad, que influyen en su comportamiento, ética y visión del mundo.

Patrimonio material e inmaterial: los elementos tangibles e intangibles que representan la herencia cultural de la comunidad, como monumentos, arquitectura tradicional, arte, música, literatura, conocimientos ancestrales, saberes y prácticas transmitidas a lo largo del tiempo.

Relaciones sociales y roles: las interacciones y dinámicas sociales dentro de la comunidad, las relaciones familiares, los roles de género, las normas de convivencia y las estructuras de poder que definen su organización social.

Territorio y conexión con la tierra: la relación de la comunidad con su entorno natural y el uso sostenible de los recursos naturales, así como los lugares sagrados o significativos para la cultura local.

Memoria colectiva: la narrativa histórica y la memoria compartida por la comunidad, que incluye hechos, eventos y personajes relevantes en su pasado y que influyen en su identidad actual.

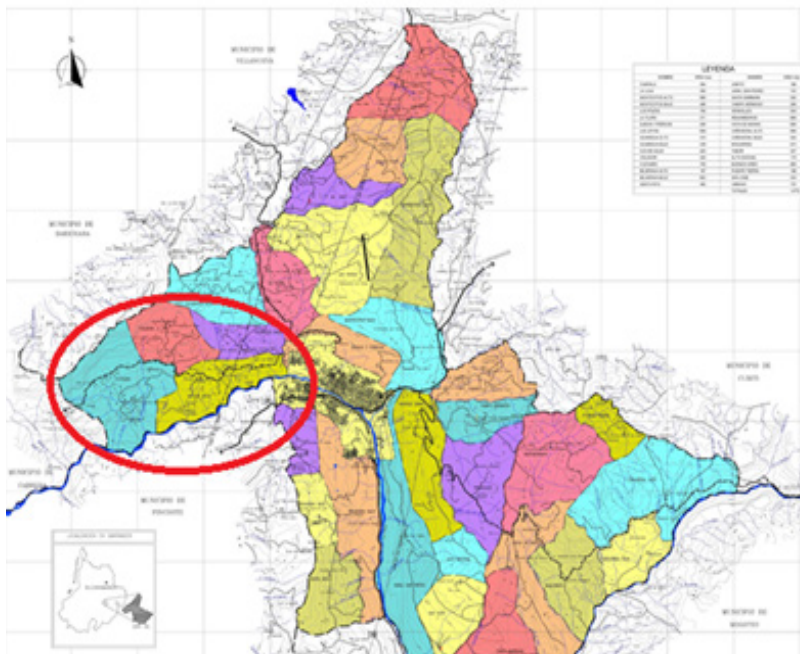
Por lo anterior nos damos cuenta de que la población campesina, por su contexto rural y su relación con la tierra ha logrado construir una identidad cultural. Pero que en la medida que esta relación contextual vaya cambiando esta identidad se irá modificando y muchas de las cosas que hoy hacen parte de esa identidad se perderán.

El contexto de la Zona

El municipio de San Gil se encuentra a una distancia de 96 kilómetros de Bucaramanga. Fundado en 1620 y establecido como municipio en 1694, ha sido históricamente una villa de gran relevancia económica y cultural para nuestro país. Su destacada producción de textiles lo convirtió en un paso obligado para los comerciantes y en una importante fuente de intercambio con otros territorios de Colombia.

La importancia de San Gil era tal que en 1905 llegó a ser designado como capital del departamento de Galán, y en 1908 dicho departamento cambió su nombre al de San Gil. Con el tiempo, se creó el departamento de Santander, en el cual San Gil mantiene su lugar como un importante punto de referencia histórico y cultural.

San Gil, en la actualidad, ostenta el título de capital de la provincia de Guanentá, en el departamento de Santander. Gracias a su próspera industria turística, es ampliamente reconocida a nivel nacional como la capital turística de Santander. Su extenso territorio abarca 14,700 hectáreas, distribuidas en un 5.5% de zona urbana y un 94.5% de zona rural.



La población de San Gil asciende a 54,687 habitantes, de los cuales un 84% reside en la zona urbana y un 16% en la zona rural. Este cambio en la distribución poblacional es significativo al compararlo con el censo de 1973, cuando el 75.5% de la población vivía en áreas urbanas y solo el 25.5% en zonas rurales. En los últimos 50 años, ha habido una notoria disminución en la población rural, mientras que la población urbana ha experimentado un notable incremento. Estos datos se respaldan con información del Departamento Administrativo Nacional de Estadística - DANE.

San Gil limita al norte con los municipios de Villanueva y Curití, al este con Curití y Mogotes, al sur con el Valle de San José, Páramo y Pinchote y al oeste con Pinchote, Cabrera, Barichara y Villanueva.

Políticamente el municipio de San Gil se encuentra dividido en 37 veredas y la cabecera municipal. De acuerdo al plan agropecuario municipal se agrupan en 5 zonas de acuerdo a la vía principal de acceso. (Imagen 1. Plan de desarrollo 2020-2023, mapa Plan Agropecuario Municipal)

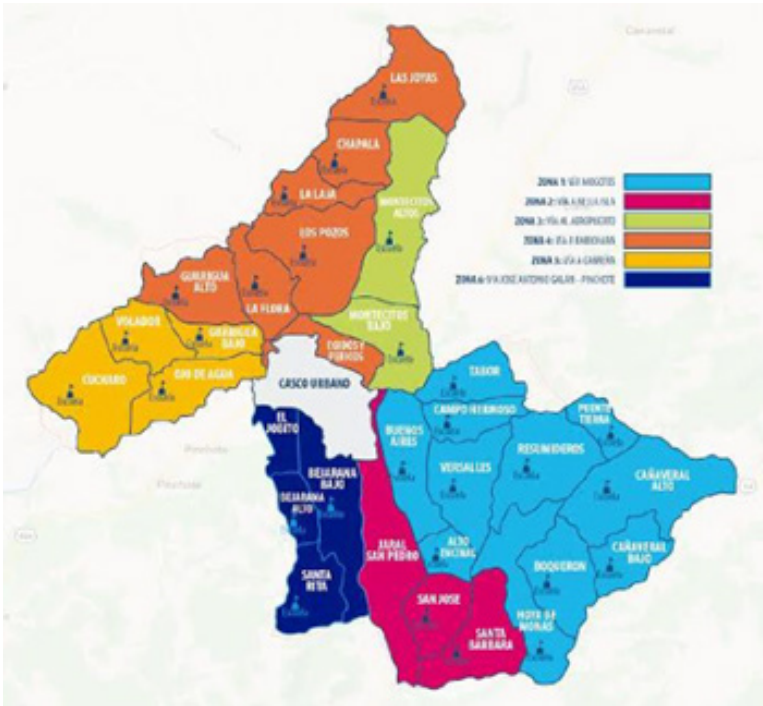


Imagen: Mapa distribución por zonas PAM.

Zona 1: Alto del Encinal, Buenos Aires, Campo Hermoso, Versailles, Boquerón, Cañaveral Alto, Cañaveral Bajo, Puente Tierra, Hoya de Monas Alto, Hoya de Monas Bajo, La Piñuela, Resumidero Alto, Resumidero Bajo, Tabor.

Zona 2: Recodo, San José, San Pedro, Jaral, Santa Bárbara.

Zona 3: Montecitos Alto y Montecitos Bajo.

Zona 4: Ejidos y Pericos, Guarigua Alto, La Flora, La Laja, Pozos Alto, Pozos Bajo, Chapala y Las Joyas.

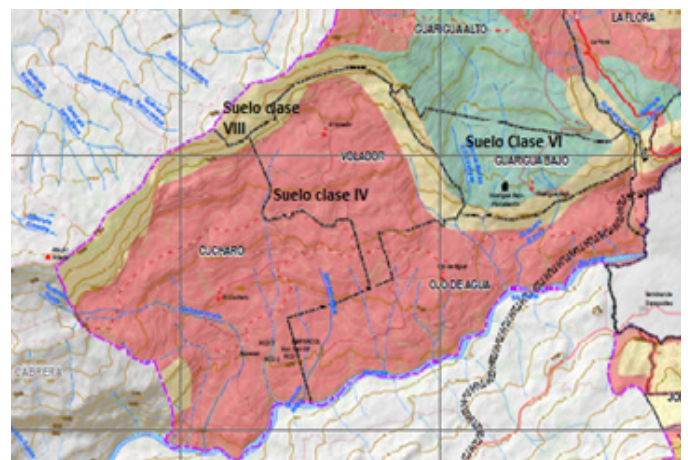
Zona 5: Guarigua Bajo, Ojo de Agua, Volador y Cucharo.

Zona 6: Bejaranas Bajo, Bejaranas Alto, Santa Rita y Jobito.

Las primeras veredas

La documentación de las “Memorias de mi vereda” la iniciaremos con la Zona 5, que está conformada por Guarigua Bajo, Ojo de Agua, Volador y Cucharo, que tienen como vía común y principal de acceso la carretera que comunica a San Gil con el municipio de Cabrera. Esta zona está al occidente del municipio de San Gil, con una distancia promedio a la cabecera municipal de 4 km. Esto hace que los tiempos de desplazamiento en carro o en moto no superen los 30 minutos. Teniendo en cuenta que desde que se sale de la cabecera municipal la carretera es destapada.

Dentro de la clasificación agroecológica de los suelos de estas veredas se encuentran suelos clase IV, con relieve plano, o moderadamente ondulado, dedicados a la agricultura y la ganadería extensiva. Suelos clase VI, que son escarpados o quebrados, dedicados a sistemas silvoagrícolas, silvo-pastoriles y agrosilvopastoriles. Y, por último, se encuentran suelos clase VIII que no tienen vocación agropecuaria ni forestal, se deben conservar debido a sus altas pendientes. Climáticamente están fuertemen-



Mapa: Tipos de suelos

te influenciados por su ubicación en el cañón del río Fonce, con una variación de alturas que va desde los 1.600 msnm a 900 msnm y una temperatura promedio de 24 grados Centígrados.

CONOZCAMOS LAS MEMORIAS DE MI VEREDA

1. GUARIGUA BAJO

Guarigua, un vocablo empleado por los indígenas Guanes para referirse a la tierra en lo alto de las montañas, es el nombre de la vereda que nos revelará algunas de sus fascinantes historias. Para llegar a Guarigua Bajo, emprendemos el trayecto por la vía San Gil - Cabrera. Después de recorrer un kilómetro, giramos hacia la derecha y comenzamos el ascenso, atravesando los llamados “Cinchos”, como se conocen en el lenguaje campesino, a las franjas de montaña clasificadas como suelos clase VIII debido a su pronunciada pendiente.



Imagen: Mapa Ubicación de la vereda Guarigua Bajo.

Esta vía, aunque destapada, en algunos tramos, cuenta con placas huella y se encuentra en buen estado, lo que facilita el tránsito diario de las personas que se desplazan desde la vereda hasta la cabecera municipal. De esta manera, abrimos el camino para explorar y sumergirnos en las narraciones que brotan de la hermosa vereda de Guarigua.

A lo largo de la vía, los paisajes se componen de pintorescos potreros, ganado pastando y algunos campos de cultivo con maíz y cítricos. Además, es evidente la presencia de viviendas de nueva construcción que bordean el camino. Justo al lado de la vía, se encuentra la escuela, con sus alegres salones y un parque infantil en un extremo, y una animada cancha polideportiva en el otro.

Al interactuar con los habitantes de la vereda, se percibe una notable cercanía, confianza, amabilidad, respeto y un fuerte sentido de pertenencia hacia su comunidad. Conocemos que algunos han dejado la vereda y regresado, otros han permanecido a lo largo de los años, y también se han sumado nuevos miembros. Pero, dejemos que sean ellos, los pobladores, quienes compartan con nosotros algunas de las historias que forman parte de la memoria y la riqueza cultural de Guarigua Bajo.

1.1. LAS HISTORIAS DE GUARIGUA BAJO

La casa de la hacienda Guarigua.

Yo soy María Cecilia Ardila de Buenahora, tengo 78 años, ahorita el 4 de septiembre cumpliré 79. Toda la vida he vivido aquí en la vereda, solo nos fuimos a vivir dos años a la granja El Cucharó. y vivo acá en la casa principal de la hacienda Guarigua Bajo desde 1972. Recuerdo que cuando yo era niña, entre semana uno jugaba con las otras niñas vecinas, con las primas, jugábamos a hacer dulces con piedritas y los poníamos a



Foto: la Casa de la Hacienda. Oscar G

la venta sobre otra piedra y hacíamos bocadillos, también de piedra, y jugamos a venderlos. Hacíamos ollas, sartenes, platos y chorotes de barro para jugar. Nos encontrábamos ahí más abajo de la escuela, había dos mangos ahí era el punto de encuentro para jugar ahí nos llamábamos, “Vengan y ponemos la tienda de dulces”.

En la casa teníamos que hacer mucho oficio, mis papás tenían huerta, entonces uno tenía que ir a regar o desyerbar las lechugas, el cilantro, el perejil, las guacas y la cebolla. Cuando estaba más grandecita iba a ayudar a desyerbar maíz, con un azadón pequeño que le ajustaban a uno. Era bonito porque se hacía como una competencia a ver quién era el que le rendía más.

También teníamos que ir a traer agua hasta la quebrada en chuchos. Unas quebradas que pasaban por la parte baja de la vereda. Le decían a uno si el agua era para los animales traiga agua de la quebrada de acá y si era para el consumo le decían traiga agua de la quebrada de allá, que era más limpia. Las familias de la parte alta recogían el agua en una alberca de piedra y todos iban y cogían el agua en chuchos de esa alberca. Ya bien después llegaron las mangueras y llevaron el agua hasta las casas. Hoy en día el agua es escasa, ahora somos más familias en la vereda. En mi caso, que le repartí su parcelita a cada hijo, me toca hacer rendir mi punto para once personas.

Cuando llegaban los domingos, recuerdo que primero teníamos que barrer los patios y arreglar la casa y después nos poníamos a jugar al trompo. También, jugábamos a las negras, que consistía en coger tres o cinco granos de maíz y se les pintaba una cara de negro con un pedazo de carbón, entonces uno cogía esos granos en la mano y los lanzaba sobre la mesa o en el suelo y ganaba el que sacara más puntos negros. Uno apostaba un pan o un pedazo de arepa que le había quedado del desayuno.

Recuerdo la alimentación, como éramos tantos, al desayuno no le daban a uno a probar la carne o huevos. Había era solo para el papá. Los demás pues solo caldo con papa, tostado, dos buenos pedazos de arepa y su pocillo de café con leche. Luego se hacía el almuerzo de 10 a 11 de la mañana y era mute, ruyas, ajiaco o cuchuco de cebada, con su buen pedazo de tripa o ración de carne y yuca. Por ahí de 2 a 3 de la tarde se hacía el piquete, eso era asadura sudada, arroz seco y yuca; y de 5 a 6 de la tarde se servía la comida, un sancocho, una sopa de arroz, yuca y su buena reacción de carne. Definitivamente se comía mejor que ahora.

Yo aprendí a cocinar porque a uno le tocaba ayudar a la mamá a hacer las comidas. Por ejemplo, mi mamá se iba para San Gil a vender la huerta, yo tenía por ahí 6 o 7 años y ella me decía que fuera haciendo las ruyas. Ella salía a las 6 de la mañana y llegaba por ahí a las 10 de la mañana y ya debía estar hecha la sopa y cocida la yuca; ella traía la carne, la tripa y el hueso. Como no había nevera se echaba en una paila de madera que era cuadrada y la colgaban a la viga, en una mochila de carga, cerca del fogón, para que los animales no se la comieran y además se conservará.



Foto: Doña Cecilia en el Corredor de su casa, Oscar G

En el año 1970 se dio la parcelación. La hacienda se llamaba Guarigua Bajo, pero a cada potrero le tenían un nombre. El dueño de la finca era José Vicente Ferreira, un señor que tenía muchas fincas grandes en la región. Él le heredó al señor Aquilino Ferreira y su esposa. Ellos no se pusieron de acuerdo, porque uno quería quedarse en la hacienda y el otro quería irse. La esposa del señor Aquilino, que quería irse y era muy astuta, fue quien logró convencerlo de que firmara la venta de la finca al Incora.

Cuando se hizo la repartición, a cada familia le correspondió de a 8 hectáreas de tierra. Yo siempre le pedí a Dios que me concediera un sitio tranquilo donde hacer una casita para vivir con mi familia, y es así que cuando se dio la entrega de las parcelas nos correspondió precisamente la casa de la hacienda. Un milagro del Santo Cristo del cementerio.

Esta es una casa grande y antigua, tanto que dicen que aquí durmió Simón Bolívar. Aquí había una espada o bayoneta con su respectiva funda, que decían, había pertenecido al libertador. Nosotros la mantuvimos guardada por mucho tiempo con mi esposo, hasta el año 1985 cuando llegó la electrificación de la vereda. Cuando eso vinieron de Boyacá unas 22 personas que mi esposo les dio permiso de hospedarse aquí, y en una de esas habitaciones estaba guardada la bayoneta. Un mes después cuando ya habían terminado y todos se habían ido, un doctor que trabajaba en la secretaría de agricultura le dijo a mi esposo: “Jorge, hagamos un negocio con esa espada, yo la llevo a Bogotá y lo que nos den por ella nos repartimos”, él aceptó y se fue a buscar la espada y no la encontró por ninguna parte, ya había desaparecido, se perdió y nadie supo.



*Foto: Patio interno,
casa de la hacienda. Oscar G*

Esta es una casa grande, últimamente estoy viviendo sola. Recién nos pasamos a vivir aquí, asustaban. Yo escuchaba ruidos y como que me llamaban. Entonces, me decían que la abuela de mi mamá, que también vivió aquí, había dejado unos entierros, y por eso me llamaba para mostrarme donde había dejado los tesoros. Aunque no he vuelto a escuchar nada más, algunas personas le tenían mucho miedo a la casa, por ejemplo, un niño me decía, señora Cecilia ¿es cierto que aquí viene el diablo y que se escuchan gritos feos? Y yo le digo que

no, que eso es mentira, acá no se escucha nada, además como se construyó la capilla yo permanezco acompañada por Dios.

Mi historia y el tabaco.

Me llamo María Celina Avendaño Ballesteros Soy pensionada de Protabaco. Trabajé allá durante 31 años, me fui a los 14 años y regresé hace seis a vivir nuevamente a la vereda. En mi vida ha estado presente el tabaco, primero en el cultivo y luego en su proceso industrial en la empresa en la que trabajé por buena parte de mi vida.

Recuerdo que las familias que habitaban esta vereda en esos tiempos eran los Caballero, los Avendaño, los Sánchez y los Triana. No había muchas familias, eran como 30 apenas, hoy en día somos más de 86 familias y se ha triplicado la población de la vereda.

En esa época se cultivaba tabaco y un día normal de trabajo iniciaba a las cinco de la mañana. Se recolectaba la hoja de tabaco hasta el mediodía, después se llevaba a los caneyes. Aquí había más de 20 caneyes alrededor de la casa de la hacienda. Ahí mismo quedaba el salón donde se ‘engavillaba’ el tabaco. Entonces, después de mediodía se conformaba un equipo de trabajo con las familias vecinas y se empezaba a ensartar y engavillar el tabaco, esto podía durar hasta media noche. Cuando eso las familias eran aparceras, ya que la hacienda, el territorio que hoy es la vereda, era de un solo dueño, el señor José Vicente Ferreira.

Nosotros trabajamos a las partes con el dueño de la tierra. Entonces de todo lo que sembramos se le daba una parte al dueño porque ellos ponían la tierra, ponían los caneyes, y el salón donde se engavillaba el tabaco. Cuando mis papás vendían la cosecha de tabaco se le entregaba en efectivo la parte al dueño de la tierra, Cuando el cultivo era maíz o yuca la forma era diferente, uno cogía tres surcos y se



*Imagen: Ensartando tabaco,
repository.humboldt.org.co*

le dejaban dos a los dueños de la Tierra para que el los recogiera cuando los fuera necesitando.



Foto, Vista desde Guarigua B. Oscar G

Los días de recolección de tabaco empezaban temprano y terminaban muy tarde, por eso, se necesitaba estar bien alimentado, con su desayuno, almuerzo, un pique, la comida y por ahí a las 10 pm se hacía una cena especial, que era un caldo con chorizos, arepa y tinto. Eran momentos bonitos donde se trabajaba bastante, pero se compartía con los demás vecinos. También recuerdo que los domingos, nos encontrábamos ahí en la cancha de la escuela con los demás jóvenes para jugar basquetbol, esa era nuestra diversión, nos encontrábamos, compartíamos, hablábamos,

hacíamos amigos y jugábamos baloncesto. Hoy en día las costumbres han cambiado, en la cancha llegan algunos jóvenes, pero no hay juego, casi ni se hablan es cada uno con su celular conectado. Además, los jóvenes hoy se dedican a estudiar y la mayoría de ellos ya no quieren estar en el campo, quieren trabajar en la ciudad.

Ya no se cultiva como antes, da tristeza porque ya nadie quiere estar en el campo, entonces en 10 años si no hay motivación para que los jóvenes se queden en el campo, esta vereda ya no va a ser igual, se van a perder las costumbres y las tradiciones que aprendimos de nuestros padres.

Algo que preocupa es la situación del agua en Guarigua, se cuenta con un acueducto que viene de un nacimiento que está en predio de Guarigua alto, pero la vereda se viene beneficiando de ese acueducto desde que yo me conozco. Antes era para 30 familias, hoy en día beneficia a más de 100, incluyendo algunas de Ojo de Agua que también se benefician. Entonces, es necesario hacerle mantenimiento, hay que ir a limpiar la bocatoma, los tanques y las mangueras y no hay mucha disposición de la gente. Pero, además, se presenta un problema y es que se está construyendo un condominio campestre en la parte de arriba del nacimiento poniendo en riesgo la disponibilidad y la calidad del agua. Necesitamos estar muy pendientes de eso, porque si se agota ese nacimiento o se contamina ¿qué va a ser de nosotros? ¿A dónde vamos a tener que ir por el agua?

Para mí, la vereda Guarigua significa mucho porque fue aquí donde me críe, dónde tengo mi familia, de ahí sacamos para vivir, nos dio la vivienda, el trabajo y la comida. Las personas de la vereda son personas amables y trabajadoras. Es una vereda muy sana.

Cumplí mi sueño y regresé

Yo soy Edita Caballero Ardila, ama de casa, agricultora y voy a cumplir 50 años. Nací aquí en la vereda Guarigua, viví con mis papás hasta los 22 años, pero mi sueño era irme a trabajar y poder regresar a la tierra de donde soy y poder vivir aquí. Gracias a Dios hace como seis años compramos la finquita y ya estamos disfrutando de la vida del campo nuevamente.

Recuerdo que mi niñez fue muy feliz, muy bonita, porque vivía uno de verdad, se divertía jugando, corriendo con la carretica, jugando a 'la lleva'. Yo en esta escuela estudié parte de la primaria, porque en ese entonces no la terminé. Fue una infancia maravillosa, de ahí tengo mis mejores recuerdos, aunque no teníamos la tecnología que hay hoy, siento que en esos tiempos uno disfrutaba y vivía mejor que ahora.

De mi día a día, recuerdo que nosotros nos teníamos que madrugar, a las 5:30 de la mañana para ayudar a ordeñar, sacar a pasto las vacas, los camuros y los ovejos, o trabajar en la labranza, ir a sembrar o regar. En ese entonces mis papas producían tabaco, maíz, frijol y pepino, porque gracias a Dios esta ha sido una tierra privilegiada, donde todo lo que se siembra se da.



Foto: Cosechando Frijol, Oscar G

Nosotros, antes de alistarnos para irnos para la escuela, teníamos que ayudar a hacer algo. Y después sí, uno se bañaba, desayunaba y se iba para la escuela, entrábamos a las 8 de la mañana. En la tarde también había clases de 12:30 del mediodía a 5 de la tarde. Pero había dos grupos, unos en la mañana y otros en la tarde. En la escuela me divertí mucho con los otros niños. Allá nos enseñaron a bailar, íbamos a otras veredas y hacíamos presentaciones de canto y baile. Por ejemplo, recuerdo que fuimos a Ojo de agua,

nos reunimos de varias veredas, allá bailamos y participamos en concursos y juegos. Era muy bonito porque nos encontrábamos y compartíamos.

Esos encuentros se hacían seguido y eso para que los papas le dieran a uno el permiso de ir era difícil, pero valía la pena.

Las celebraciones eran pocas, en esos tiempos no se hacían muchas fiestas, recuerdo que cuando hice la primera comunión no sé hizo mucho, ya que fue un año difícil y no hubo buena cosecha. En la celebración de mis 15 años tampoco se celebró, pero yo hacía parte de un grupo juvenil que había en la vereda y los compañeros prepararon una reunión en la escuela y nos partieron una torta.

La alimentación era diferente, recuerdo el delicioso olor en la mañana del café recién preparado, las sopas que hacía mi mamá, el mute, las ruyas, el ajiaco santandereano y el piquete de carne oreada con yuca y ají. Todo era muy delicioso. Hoy en día algunas de estas recetas se conservan otras ya se olvidaron porque a los niños no les gustan.



Imagen, El plato de mute, cocina-colombiana.com

Pero cuando uno se va y regresa a su tierra se da cuenta de que hay cosas que han cambiado, empezando por la disminución de las cosechas. La gente no quiere cultivar la tierra, por diferentes dificultades, la variación de los precios, el cambio del clima o porque los insumos son demasiado costosos, entonces para la gente no es sostenible cultivar. Por eso no hay tanto cultivo como antes, por aquí todo era labranza, ahora no, ahora la gente se va a trabajar en construcción a San Gil para recibir su sueldito y ayudar a mejorar el ingreso económico.

Por otra parte, veo que los muchachos, ya no se reúnen como lo hacíamos nosotros. Nosotros a pesar de que trabajábamos, porque recuerdo que todas las niñas de mi generación trabajamos mucho, hacíamos lo que fuera en la casa, echamos azadón o pica, lo que fuera, pero sacábamos el tiempo para reunirnos, así fuera en la noche o cada ocho días, el sábado en la tarde o el domingo un ratito para compartir. Nos reuníamos y hacíamos planes, por ejemplo, vamos a hacer un festival, un compartir, organizábamos la fiesta de los niños, les dábamos dulces, galletas, les conseguíamos disfraces, hacíamos muchas cosas juntas. Ahora uno ve que los pelados no quieren hacer nada, ni levantarse de la cama, solo estar con el celular para arriba y para abajo.

También participamos en la Fiesta de San Isidro. Para nosotros los campesinos es la mejor fiesta, cada quien da de lo que tiene, de la cosecha de su finca, lo que sea, el que tiene en efectivo da en plata y donde no tienen nada de cosechas, pero tienen galpones, donan aves. Hay mucha colaboración.

Otra cosa que ha cambiado es lo relacionado con el agua. Antes tocaba traer agua de una quebrada y hoy en día gracias a Dios adiós somos privilegiados porque tenemos una fuente de agua natural, que nos alcanza para lo que necesitamos y llevan agua para donde no la tienen. Nos dijeron que teníamos que conformar el comité del agua, construir un tanque grande para evitar los desperdicios y que todos debíamos colaborar, ya que a todos nos favorece. Ahí vamos en eso, unos colaboran y otros no, unos dicen que sí, otros que no. Es difícil ponerse de acuerdo. Nosotros somos bendecidos y ya está visto que, si usamos bien el agua y se deja correr por la quebrada, se produce más. También nos comprometimos a tener flotadores en las casas para cuando se llene la alberca o el tanque se cierre la llave y así ahorrar el agua para que nos alcance para más.

Ojalá nos pongamos de acuerdo para poder controlar el uso de agua porque ahora somos más personas y, por ejemplo, en tiempo de verano hay algunos que sembrar sus maticas de habichuelas o de pepino y necesitan un poquito de agua para el riego, pero cómo es escasa hay gente que dice que no se puede dejar para riego. La situación del agua acá en Guarigua a pesar de que ahora no la tenemos que cargar, por las condiciones actuales se está poniendo difícil.

La historia de los que van y vienen todos los días.

Algunos no se van por mucho tiempo sino que van y vienen todos los días; es el caso de Miguel Ardila Delgado, que, con sus 60 años, trabaja en la empresa Coohilados del Fonce, es operario de máquina y pertenece a la Junta de Acción Comunal de la vereda Guarigua bajo. Yo nací y me críe acá en Guariragua. De mi infancia recuerdo algo muy triste. Cuando yo tenía 10 años mi papá falleció, pero seguimos adelante con mis nueve hermanos y con mi familia. Yo entré a estudiar a la escuela antigua, cuando tenía cinco años. La actividad que más me gustaba hacer era jugar al microfútbol. Tanto así que cuando ya crecí y tuve edad, organizaba campeonatos aquí y dónde venían de las veredas vecinas y con el apoyo del padre Hernando Vargas Sierra quien era el Párroco de Cristo resucitado y quien ya falleció. Con él organizamos el campeonato parroquial que vinculaba a cinco veredas. Eso cambió con la redistribución parroquial.



Foto; La cancha de Guarigua B, Oscar G

La nota curiosa, me contaron mis padres y abuelos que el nombre de la vereda se debe al nombre de un cacique indígena que se llamaba así, el cacique Guarigua. Decían que él tenía dos familias una en la parte alta y otra en la parte baja. De ahí Guarigua alto y Guarigua bajo.

Para los que vamos y venimos, el papel de la mujer es muy importante, es la esposa la que se queda en la casa, haciendo las cosas domésticas y las de la finca mientras los esposos vamos a trabajar a San Gil donde hay que ir a buscar el sustento.



Imagen: Guarigua desde el cielo,
Elabora Oscar G

En la vereda hoy hay alrededor de 72 familias, en la escuela hay como 35 niños, ellos terminan acá la primaria y van a terminar la secundaria a San Gil, por lo general en el colegio San Vicente de Paul que está como a 15 minutos de aquí, y como hay transporte, todos los días van y vienen. Los jóvenes ya no quieren quedarse en el campo porque no hay oportunidades. Ya no se produce igual que antes, hoy en día es solo maíz y cítricos. Además, el tema del agua es difícil

porque no nos ponemos de acuerdo entre los que ya tienen el derecho y los que no lo tenemos, unos dicen que hay que comprarlo y otros que no. Nosotros decimos que el agua debe ser gratuita, ya que estaba ahí desde la creación.

A pesar de las dificultades, la celebración del San Isidro sigue siendo muy importante para nosotros. Entre las veredas se genera una motivación para sacar los productos que se pueda de las fincas y armar los arcos, así como los aportes en efectivo y de esta manera ser los primeros, ser la vereda que más aporta entre las demás que hacen parte de la parroquia.

Hay muchos que se han ido lejos, pero regresan porque la vida en nuestra vereda es muy bonita. Pero para nosotros el ir y venir se nos volvió la rutina diaria y a pesar de eso no perdemos nuestra relación con la vereda y sus costumbres.

Las raíces son amplias.

Mi nombre es Clemente Sánchez, tengo 49 años, y hoy resido en la vereda Guarigua Alto. Trabajo en la empresa de Acuasán soy de la división de alcantarillado e hidráulica de la empresa. Yo nací aquí en la vereda Guarigua Bajo, mis papás y mis hermanos viven aquí.

Recuerdo que en la vereda no había carretera a San Gil. Teníamos que movilizarnos por un camino que llamamos ‘del ahorcadero’, esto debido a que en una parte pasábamos por entre tres piedras, era un tramo muy incómodo. Por ahí pasábamos con maletas de millo, maíz y papaya criolla. Además, teníamos que pasar por la quebrada del Pomarroso.

En la vereda, en general en esa época se cultivaba papaya, maíz, millo y la yuca, luego tomate, ahora ha aumentado la ganadería, los cítricos y el café. Recuerdo que la preparación de la tierra iniciaba en enero y febrero, empezábamos a rozar, (Recoger, amontonar y quemar las ramas, malezas secas y hojas que quedaron del desmonte en una parcela) para preparar el terreno para la siembra del maíz. La siembra se hacía siempre en la semana santa y en la semana de pascua, además, debía ser en luna menguante. Luego, a los 22 días, se abonaba el maíz, y se contrataban los obreros para desyerbar y aporcar la mata, que es con el azadón acercar tierra suelta a la pata de la planta y ayudarla a que se sostenga. Y después a esperar la cosecha. Con el maíz que se producía mi papá se ayudaba económicamente, vendiendo algunas arrobas, pero la mayoría era para el consumo interno. Nosotros éramos 10 personas, ocho hermanos y mis papás, y todos los días se hacía mazamorra, arepa y chicha cada ocho días.

Esa época era bonita, se compartía mucho entre vecinos, una semana se iba a tomar chicha a la casa de uno, después en la casa del otro, luego acompañamos a la comadre en su cum-



Imagen: Aporcando Maíz, <https://www.youtube.com/watch?v=vzkzrhrUCSE>

pleaños, que el matrimonio, el bautizo, que el compadre mató una gallina criolla o un cabro. Siempre había motivos, y a diferencia de ahora, eran fiestas de tres días, tomando chicha, comiendo, jugando chócolo, a las negras y naipes. Venían personas de otras veredas preparadas para quedarse los tres días de fiesta.

Las fiestas de los matrimonios eran inolvidables. El primer día se mataban cinco o seis cabros y gallinas. Al segundo día tocaba matar más porque la gente se había comido todo y no alcanzaba, eso era impresionante, tanto así que familias prestigiosas de San Gil venían y se quedaban también por acá. En las fiestas de diciembre, el 24 de diciembre, la tradición era arrancar a las 6 de la mañana con unos muchachos que tenían guitarra llevando serenata por todas las casas de la vereda y ahí nos daban a veces a las 12 de la noche. En todas las casas nos daban de tomar y la voz principal del grupo era don Luis Eduardo Buenahora, nosotros llegábamos hasta la casa donde él aguantara. Cuando él caía hasta ahí llegaba la serenata.



Imagen Floración el Maíz, <https://es.wikipedia.org>

De mi abuelo paterno aprendí a manear y apegar una vaca para desparasitar, también, lo relacionado con la agricultura. Él, con sus 60 años, todavía trabajaba en el campo y nos enseñó a sembrar los cultivos mirando la luna. Por ejemplo, el maíz hay que sembrarlo en la menguante para que haya buena cosecha. Si se siembra en la creciente resulta que cuando el maíz echa la espiga, ella suelta el polen y la bellota se va a demorar en salir, entonces no hay una buena polinización y es por eso que salen mazorcas con dos o tres pepitas. La yuca hay que sembrarla 15 días antes de que entre la menguante. Una mata de yuca sembrada en la creciente se le hincha lo que llamamos el cacique o la base de la planta y no echa yucas, solo rama.

Yo era el hijo mayor y tenía que cuidar a mis otros hermanitos y casi no podía venir a donde mi abuelo, entonces, me volaba todos los días, él me guardaba en un platón de un peso de reloj que él tenía, un pedacito de carne y una un cuarto de arepa, y lo tapaba con una mochilita. A veces mi abuela necesitaba el peso o haciendo aseo, cogía y le echaba al perro lo que mi abuelo me había guardado y ahí se formaba el problema. Fueron muchas las enseñanzas de mi abuelo, muchas que me dejaron marcado, aunque fue poco el tiempo que pase con él, porque mi abuelo murió cuando yo tenía 13 años de edad.

Para mí, Guarigua es sensacional, yo he estado en muchas partes del país y siempre permanece el anhelo de regresar a la tierra, a pesar de que se ha dicho que la vereda estaba maldita por un sacerdote hijo del dueño de la hacienda antigua. Pero eso el destino se lo forja uno mismo y me siento muy orgulloso de ser de esta vereda.

2. VEREDA EL VOLADOR

La vereda El Volador se sitúa en la base de la imponente colina conocida como Alto del Volador, marcando también la frontera noroccidental con el municipio de Barichara. Para llegar a El Volador, recorreremos 3.7 kilómetros por una carretera desatapada que se extiende desde San Gil hacia Cabrera. Posteriormente, giramos a la derecha y comenzamos a ascender durante 1 kilómetro. Es importante destacar que la vía se encuentra en buen estado, con tramos en placa huella, lo que indica que recibe un adecuado mantenimiento.



Foto: Ganadería y cultivo de maíz, el Volador, Oscar G

A lo largo del camino, podemos observar una variada arquitectura que refleja la mezcla entre casas tradicionales y modernas en construcción. Los paisajes están adornados por potreros con ganado, y se avistan cultivos de maíz, cítricos, frijoles, papayas, así como algunas plantas de plátanos y café, especialmente cerca del pie de la montaña.

Una vez en la vereda, encontramos la escuela rural de El Volador y, en las cercanías, la finca de don Luis Eduardo Benítez Ortiz. Mientras paseamos por el camino, nos encontramos con la señora María Luisa Benítez, quien amablemente comparte con nosotros tanto la historia de la vereda como parte de su propia historia personal. Este encuentro nos brinda una ventana hacia las historias y la vida cotidiana que conforman la riqueza cultural de El Volador.

2.1. LAS HISTORIAS DEL VOLADOR

Mi decisión es quedarme y pensionarme en el campo.



Foto: Vista del alto del Volador, Oscar G

Mi nombre es Luis Eduardo Benítez Ortiz, tengo 62 años, toda la vida he vivido en esta vereda. Recuerdo que mi papá me contaba que cuando se inició la vereda quienes mandaban era la familia Ordóñez, liderados por don Rafael Ordóñez, también sobresalen la familia Benítez y la familia Ortiz del señor Pacho Ortiz Quintanilla, ellos eran los líderes de la vereda. Además, eran dueños de las fincas más grandes de la zona. Después de que los mayores murieron, los herederos vendieron por lotes, es así que en la vereda llegamos a habitar unas 70 familias, hoy en día quedamos unas 20. En muchas fincas ya están las casas solas.

A nosotros nos tocó trabajar desde pequeños, cuando no estábamos estudiando, con mi papá trabajábamos. Yo inicié el cuarto primaria en la escuela antigua, esa quedaba en la parte alta de la vereda. En ese tiempo mi hermano mayor se fue para Venezuela y entonces solo hice tres meses de cuarto de primaria, porque me sacaron para ayudar a cuidar a mis ocho hermanos. Además, mi papa sembraba tabaco negro, maíz y frijol y nosotros le ayudábamos en el cultivo. Cuando yo tenía 14 años ya salía a ganar el jornal.

Cuando, eso no había vía carretable, ni luz. La carretera llegó como en el año 1975, esta vía fue gestionada por el señor Esteban Monsalve quien en la época dirigían la vereda, fue inspector de policía y directivo de la Junta de Acción Comunal. Los líderes gestionaban las obras y la comunidad salía a trabajar.

La luz de la vereda llegó antes que la carretera. En esa época nos quedábamos por ahí hasta las 8 de la noche, y nos alumbrábamos con linternas o velas. Nos íbamos a dormir temprano porque al otro día había que salir a trabajar. Hoy en día ya nos acostumbramos a vivir con la energía, tanto que se nos va un día y parece que se fuera a acabar el mundo.

Cuando éramos niños nos gustaba salir a jugar al balón, a encontrarnos con los demás vecinos. Sacábamos equipos y participamos en campeonatos, fuimos parte de una selección Santander, competimos en el Socorro, en San Alberto y en San Gil. A mí me gustaba mucho el micro, tengo unos cuantos dedos torcidos gracias al juego.

Para la construcción de la escuela nueva, la comunidad y los profesores hicieron la gestión y además colaboraron en la construcción. El señor Pacho Ortiz Quintanilla, quien era el abuelo de mi mamá, donó el terreno donde se construyó la escuela. La curia diocesana ayudó económicamente en la construcción de esta escuela. Antes había otra escuela en la parte alta de la vereda, pero ésta se cayó.



Foto: Escuela el Volador, Oscar G

Tener agua en la casa, era una esclavitud, porque había un acueducto que venía de la finca del señor Roberto Ordóñez en la vereda El paramito, de Barichara, desde allá venía en un tubo de tres octavos, y el agua caía a una alberca, que la llamábamos la alberca de palo negro. Este sitio quedaba más arriba de la escuela nueva y ahí todos íbamos a llevar el agua, en chuchos, en pimpinas o en canecas. Eso era un desfile de personas trayendo el agua todos los días. Era duro, pero, uno aprovechaba las idas a traer agua para encontrarse y hablar con los amigos entre semana.

Los días domingos nosotros los muchachos, nos íbamos a la escuela a jugar, ese era nuestro punto de encuentro, mientras las personas mayores terminaban de arrimar

la leña que se iba a utilizar para cocinar durante la semana y traer agua para el lunes volver a empezar la jornada del trabajo.

Ya cansados de cargar agua, se hizo con la comunidad un tanque grande que recibía el líquido de tres nacimientos de agua, de Los Anacos, El Volador y uno que queda en Guarigua bajo. Nos organizamos para repartir el agua por medio de mangueras hasta las casas. La organización duró más o menos unos 40 años, pero hace unos 3 años llegó un tiempo en el que no nos pusimos de acuerdo para seguir haciéndole el mantenimiento al acueducto y se abandonó. Ahora el agua nos llega directamente del acueducto de Acuasan, del acueducto del municipio de San Gil. Algunas personas de la comunidad han sugerido que sería bueno que nos uniéramos nuevamente y reactiváramos el acueducto comunitario para tener mayor disponibilidad de agua en la comunidad, para más cosas y a mejor precio. Aunque hay muchas casas abandonadas, ahora está llegando más gente del pueblo que están construyendo casas modernas. La gente se está viniendo del pueblo para el campo y van a necesitar más agua.



*Foto; Cultivo de maíz, vereda el Volador,
Oscar G*

En la vereda, la mayoría de las personas todavía cultivan maíz, pero ha disminuido la cantidad. En épocas anteriores una familia podía guardar 10 hanegas de maíz en la troja, hoy en día máximo echarán unas tres hanegas. (1 Hanega = 125Kg). Yo todavía conservo la costumbre de cultivar el maíz blandito y entrojarlo. Ahora ya viene la cosecha y debo sacar el que queda en la troja para poder almacenar el nuevo.

La mayoría de las personas de la vereda que siembran el maíz, todavía mantienen la tradición de entrojar parte de la cosecha.

La alimentación en esa época en un día de trabajo era abundante, comíamos mucho. Las comidas normales de un día eran desayuno, media, almuerzo, el piquete y la comida, eran cinco golpes. A las 7 de la mañana, un desayuno completo, con cuatro cuartos de arepa santandereana, caldo con huevos y café. A las 9 am llegaba la media, con sus dos cuartos de arepa, papa cocida y un buen pedazo de carne, a las 12 del mediodía era la hora del almuerzo, podía ser sopa de ruyas, mazamorra o sopa de arroz con yuca y carne. A las 3 pm a comer piquete, molidos o bollos de maíz, arroz y huevo frito; y a las 5 pm la comida, caldo de papa con yuca y carne. No hacíamos más que comer, a toda hora en la ranchería. (Ranchería: Sitio adecuado en el cultivo, para comer, beber y descansar en las jornadas de trabajo).

Hace unos cinco años eso se acabó, la comida es parecida, pero, ahora son solo tres golpes: desayuno, almuerzo y comida. No fue fácil, pero la gente fue entendiendo y

se acostumbraron a la nueva rutina de alimentación. Lo mismo pasó con la bebida, antes unos les hacía y les llevaba hasta la ranchería, ahora ya cada uno trae su agua, se le entrega la panela y cada uno se encarga de su debida.

La chicha todavía permanece para jornadas especiales como cuando se desyerba el maíz. También se hace para eventos especiales, para compartir en familia y amigos no puede faltar la chicha eso si ya no tanto como antes. Cuando mi papá señor estaba en vida era la chicha la bebida que se daba a los obreros y, entonces, por ahí a las 4 de la tarde ya estaban borrachos y bailando en la ranchería. Era más bonito que ahora porque se trabajaba más, pero también se gozaba más.

La gente del volador se caracteriza por el respeto, porque es echada para adelante, trabajadora y se respeta mucho lo de los demás. Se colabora mucho en las organizaciones, algunos son duros para participar, pero, la mayoría salen a las jornadas de arreglo de la carretera y a lo que haya que hacer en la escuela, solo en lo del acueducto no han querido salir debe ser que le tienen miedo a la peña. (Peña: Parte alta de una montaña)

Uno como campesino debe pensar en su pensión y para eso debe sembrar cultivos que sean fáciles de cosechar, cuando usted ya esté viejo y no se pueda mover bien. Ejemplo: café, limón o mango. La idea es que estos cultivos sean su sustento para la vejez y no le toque matarse tanto trabajando.

Yo me imagino que con el tiempo esta vereda va a cambiar, creo que a pesar de que los niños y los jóvenes ya se quieren ir para el pueblo a manejar moto o a tirar brocha en la construcción en búsqueda de cosas mejores, esta vereda va a crecer nuevamente. Ahora, se están parcelando las fincas y se venden por lotes, entonces, está llegando gente nueva; hay casas nuevas y modernas en la vereda. Creo que las tradiciones van a cambiar. Cuando las personas tengan más conocimientos, van a utilizar otra tecnología y vamos a ver otras formas de cultivar. Por ejemplo, antes para preparar la tierra, sembrar, desyerbar y cosechar se hacían 'peonadas' de 20 a 15 obreros por jornada y se hacía por el método del jornal volteado, que consistía en usted me ayuda y yo después le ayudó. Jornal por jornal. Ahora gracias a las máquinas, con pocas personas se hace todo y eso del jornal volteado ya no existe, desapareció, ahora mejor se paga jornal en efectivo.

Las celebraciones tradicionales todavía se hacen, no con la participación de antes, pero permanecen. Todavía se hacen las novenas acá en la vereda, se participa en las misas de aguinaldo. Antes, la gente iba más, por ejemplo, a las misas de aguinaldo, actos que se hacen aquí en la escuela y la celebración del San Isidro, que se celebra



Foto: Don Luis Eduardo Frente a su troja de maíz, Oscar G.

en la parroquia. Para el San Isidro, cada uno saca lo que se produce en la finca, como gallinas, pollos, maíz, frijol y auyama. Se arman los arcos y se vende lo que se hace de la venta. Se le entrega al sacerdote para los gastos de la parroquia. La colaboración en el San Isidro está relacionada con la producción de la finca. A mayor colaboración más va a producir la finca y a menor aporte a San Isidro menor producción puede tener su finca.

En la vereda los que quedamos somos los de más edad y solo estamos pensando en trabajar, en hacer las labores diarias de la finca y no pensando en reunirnos como antes. Necesitamos estar más unidos, compartir más si queremos conservar las tradiciones campesinas que nos heredaron nuestros padres y abuelos.

La visión de la mujer trabajadora

Soy María Luisa Benítez, tengo 69 años, he vivido toda mi vida acá en el volador. De mi niñez recuerdo mucho el trabajo. Desde pequeña tenía que echar azadón, pica, sembrar maíz, millo, coger y ensartar tabaco. Un día normal se iniciaba muy temprano entre las 3 y las 4 de la mañana. Por ejemplo, cuando mis papás estaban construyendo una casa, acá cerca de la montaña, nosotros vivíamos más abajo de la escuela y me tenía que venir a las 3 de la mañana a hacer el desayuno a los obreros.

Les preparaba arepas y caldo. A la media mañana, les hacía yuca cocida con bollos de mazorca, arroz y carne asada. Después, al almuerzo, podía ser sopa de ruyas, ajiaco o sopa de cuchuco con carne y yuca cocida; y a la comida se les podía hacer caldo, yuca y carne o caldo, arepa y carne.



Foto: La señora María y su nieto, Oscar G.

Desde los 7 años ya tenía que trabajar. A los ocho años ya iba a San Gil a llevar leche y traer mercado. Eso se hacía a pie, por el camino real, y por la vía principal. Se echaba como dos horas hasta San Gil. Después de entregar la leche y comprar el mercado se cargaba uno la maleta a la espalda y a pie hágale nuevamente para la casa. Esto se tenía que hacer entre semana y los domingos también.

La única salida de nosotros era el día domingo a hacer mercado, porque a uno no lo dejaba salir a ningún otro lado. Yo no compartí mucho con las otras muchachas y menos con los otros jóvenes. Solo estudié hasta primero en la escuela, mis papas no me dejaron estudiar más porque tenía que ir a trabajar y después se fue haciendo tarde y no estudié más.



Foto: cerca de piedra el Volador, Oscar G

En mis idas y venidas a San Gil uno se encontraba por el camino con otras personas. En una de esas, conocí al chico con el que después me casé. A los 25 años conformé mi familia y decidimos quedarnos a vivir acá en la vereda. Tuvimos cuatro hijos y los todos viven en el campo. También ya tienen sus hijos.

A los niños y a los jóvenes les gusta escuchar nuestras historias y les gusta la comida que uno les prepara, pero quién sabe si se conserven las tradiciones, la mayoría se van para las ciudades, ya solo quedamos los viejos en la vereda. No sé qué va a pasar a futuro, quien va a trabajar, quién va a producir la comida, no sé, acá ya somos pocos los que quedamos.

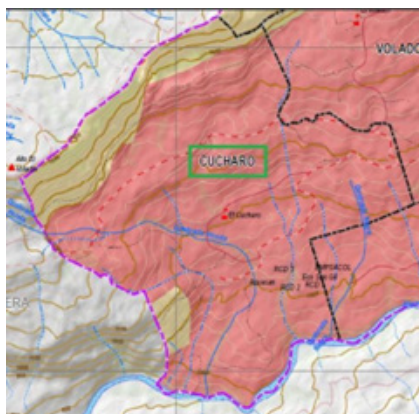


Foto: Casa Campesina, el Volador, Oscar G

3. VEREDA EL CUCHARO

La vereda El Cucharero se localiza al occidente de San Gil, colindando con las zonas rurales de Cabrera y Pinchote. Cerca están, también, las veredas El Volador y Ojo de agua. Para llegar hasta allí, recorreremos 3.5 km por la carretera que va de San Gil a Cabrera. Después, nos desviamos a la izquierda y avanzamos 1.2 km por un camino destapado, aunque en buenas condiciones. Durante la temporada de verano, el tránsito frecuente de camiones recolectores de basura genera bastante polvo.

El paisaje predominante en El Cucharero está compuesto por extensos potreros, lagunas y algunos cultivos de maíz, pero llama especialmente la atención las grandes construcciones destinadas a la disposición final de los desechos.



Las personas con las que compartimos en esta comunidad son un vivo ejemplo de generosidad, amabilidad y un fuerte sentido de pertenencia. Tendremos el privilegio de conocer las historias de tres representantes de la comunidad, dos hombres y una mujer de diferentes edades, quienes comparten puntos de vista comunes sobre la historia de su vereda.

Imagen: mapa de la vereda el Cucharó.

3.1. LAS HISTORIAS DE LA VEREDA EL CUCHARO

La historia del Joven presidente

Soy Oscar Rosendo Neira, tengo 45 años, toda mi vida he vivido aquí en la vereda El Cucharó y soy el presidente actual de la Junta de Acción Comunal. En la familia somos 12 hermanos, nueve hombres y tres mujeres y desde los ocho años ya debíamos ir a ayudar a nuestros papás en los cultivos. Nuestro papá decía: “bueno miijo hay que ir a trabajar”, además, nos enseñaron el trabajo y uno se fue enamorando del campo. Nosotros estudiamos en la escuela y después de clases, en las tardes teníamos que ir a trabajar con mi papá, él tenía cultivos de tabaco, maíz, millo y frijol. Ya en las noches nos mandaban a dormir temprano para el otro día ir a estudiar, pero, cuando era la cosecha de tabaco la cosa era diferente. Se recogía hoja en el día y en la noche se ensartaba el tabaco. Eran jornadas que duraban hasta las 10 o 11 de la noche o hasta que se acabara la pila de hojas que se había recolectado en el día. Eso lo hacía uno con gusto, eran jornadas donde se reunían varias personas de la vereda, se echaban varios obreros y nosotros los de la familia, se reunían como 20 personas ensartando tabaco en la noche; se hablaba, se escuchaba música y por ahí a las 10 de la noche se hacía la cena. Una comida especial para todos, era caldo, arepa, molidos de masa con carne o pollo, eso era muy rico y lo que no podía faltar, el guarapito. Eran jornadas entretenidas, recuerdo que mi papá hacía unas pilas de hojas tabaco redondas y en la mitad colocaba una botella de aguardiente, entonces el incentivo era que el primer ensartador que llegará al centro de la pila, se ganaba la botella de aguardiente.



Imagen: Ensartando tabaco, Vanguardia.com / Así se produce el tabaco.

La alimentación en esa época era muy buena. En el desayuno uno comía caldito o una changua, aguapanela y un cuarto de arepa, la arepa no podía faltar. Para la escuela le mandaban a uno un huevo cocido y papas, al almuerzo las ruyas no podían faltar y ya a la comida algo más suave. Ahora, la alimentación ha cambiado, por ejemplo, un desayuno puede ser pan con un pedazo de salchichón o salchichas o cualquier otra galguería. Al almuerzo ya casi nadie

hace la sopa de ruyas. Solo algunas personas aprendieron a hacerla. Mi esposa que es heredera de aquí de la vereda, aprendió a hacerla, pero la preparan solo para una ocasión especial.



Foto: Camino a la escuela del Cucharo, Oscar G

Los días domingos uno debía hacer aseo en la casa y lavar la ropa. Ya en la tarde salíamos al polideportivo a jugar, a encontrarnos con los demás jóvenes. Inicialmente cuando no había una cancha nos encontrábamos en cualquier sitio, un potrero podía ser, y ahí armamos la cancha, ahí nos reuníamos, jugábamos y compartíamos. En ese tiempo había muchos jóvenes, teníamos hasta grupos juveniles y el punto de encuentro podía ser cualquier lugar. Ya a veces los dueños de los potreros, cansados con nosotros nos sacaban y entonces nosotros íbamos y buscábamos otro lado, eso fue así

hasta que se hizo el polideportivo, este se convirtió en el punto de encuentro permanente para nosotros.

La construcción del polideportivo fue gestión de la Junta de Acción Comunal, hace unos 30 años. El terreno lo compró la junta y la alcaldía hizo la pavimentación de la cancha. Hoy en día se ha deteriorado por el tiempo y porque casi nadie sale a jugar. Hay pocos jóvenes en la vereda. Ellos se van para el pueblo a estudiar, quieren buscar otras oportunidades en la ciudad. Son muy pocos los jóvenes que quieren quedarse en el campo, es que en el campo no hay oportunidades, no hay apoyo y ahora el clima tampoco ayuda. Recuerdo que nuestros papás podían saber con claridad cuál era la época de verano, cuál era el tiempo de lluvia y se sembraba y era fija la cosecha. Ahora con el cambio climático ya no se sabe, ya no hay una seguridad de que se pueda sacar la cosecha.

Anteriormente, éramos unas 80 familias. Hoy en día en El Cucharo podemos quedar, entre Cucharo alto y el Cucharo bajo, unas 20 familias. Se ha disminuido la población de la vereda en los últimos años. Las condiciones han cambiado. Por ejemplo, mis papás tuvieron 12 hijos y fueron capaces de criarnos a todos y todavía le alcanzó la plata para ahorrar y comprar un lote en San Gil. En cambio, ahora las familias son pequeñas y se ven en dificultades para vivir del campo.

La productividad del campo también disminuyó, por ejemplo, del tabaco, se esperaba que hubiera buena cosecha y que se lograra buenos ingresos, pero no era así, del tabaco solo nos quedaba la mugre. Hoy en día todavía se cultiva el maíz en la parcelita, y eso lo poco que se produce se va vendiendo, ya no se guarda como antes en las trojas, hay que aprovechar los precios y si no el gorgojo lo acaba. El problema es que ya no se puede vivir de eso como antes, ya no se puede vivir de lo que se produce en la finca.



*Foto, Basura sobre la vía
el Cucharo, Oscar G*

Por otro lado, hace unos 25 años en la vereda establecieron los rellenos sanitarios, eso acabo de golpearnos más. Ahora los malos olores, las moscas, los chulos, los perros, la basura botada por la carretera complicaron la situación. Todo eso ha hecho que las familias se vayan de la vereda.

Otra cosa que cambió es que los que tenían las fincas más grandes ya no largaron más tierra para cultivar. Antes, ellos dejaban pedazos de su tierra para uno cultivar a la cuarta o a la quinta parte. Es decir, de una labranza si era a la cuarta parte, de cuatro surcos del cultivo uno dejaba uno para el dueño de la Tierra. Eso daba la posibilidad a los que no tenían o tenían poca tierra de producir más. Ahora ya casi nadie presta el terreno para cultivar, ahora

quieren sembrar pasto para hacer potreros. En las fincas grandes de la vereda ha aumentado la ganadería.

La situación del agua en la vereda antes era muy difícil, había dos aljibes y todo el mundo traía el agua de estos aljibes, además éramos mucho más habitantes y entonces se generaban peleas porque uno le sacaba la manguera al otro. Recuerdo que nosotros aquí donde mi papá, por muchos años nos tocó consumir agua de una laguna que se hizo en la parte de arriba, porque en el aljibe ya no alcanzaba.



Foto: Laguna Vereda El Cucharo, Oscar G.

Después, se hizo un acueducto que venía desde El Cucharo alto, a bordo de peña, de la finca del señor José del Carmen Muñoz. Gracias a la gestión de la Junta de Acción Comunal, se construyeron unos tanques grandes donde se almacenaba el agua y se repartía. Al comienzo fue bonito, pero después por el clima se fue agotando el agua y entonces algunos iban y cerraban las llaves y se generaron conflictos entre las personas. Menos mal y gracias a Dios, hace unos 15 años llegó el acueducto de San Gil y trajo el agua del pueblo hasta la vereda, últimamente ya no tenemos problemas por el agua.

Me siento orgulloso de ser de El Cucharo, aquí somos trabajadores, verracos, colaboradores solidarios, participamos en las jornadas de trabajo, en los arreglos de la carretera lo que sea, se sale sin esperar si hay almuerzo o si hay bebida.



Me entristece pensar que, en los próximos años, si nada cambia, la vereda este cada vez más abandonada, que seamos menos personas. Por ejemplo, hoy ya nuestros hijos todos están en San Gil, están estudiando o trabajando. Si el problema de los rellenos sanitarios nos sigue afectando la población de la vereda va a seguir disminuyendo. En la escuela solo quedan como siete niños, aquí terminan la primaria, luego se van al colegio de Ojo de agua ahí hacen hasta noveno y ya después tienen que ir a San Gil a terminar el bachillerato. Entonces, ya la perspectiva de quedarse en la vereda es mínima, creo que en el futuro seremos menos los habitantes de la vereda.

Foto: El presidente Oscar en jornada de trabajo el Cucharo, Oscar G.

La experiencia del vicepresidente

Mi nombre es Jesús Arenas, soy vicepresidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda el Cucharo, tengo 75 años, toda mi vida la he vivido aquí en la vereda. Recuerdo que las primeras familias que habitaron aquí en la vereda fueron los Triana. Acá en la vereda hubo inspección de policía y el señor Rafael Triana era el Inspector,



Foto: Don Jesús Arenas, Escuela el Cucharo, Oscar G

Don Abelino Triana en 1963 fue el primer presidente de la Junta de Acción Comunal. Aquí era una vereda muy poblada, había más de 80 familias.

La gestión para construir la escuela se hizo en el año 1958 por monseñor Quijano, él ayudó a conseguir los recursos y la comunidad puso la mano de obra para la construcción. En el año 1960 llegó la primera maestra, que no era pagada por el Estado sino por la iglesia. Esa fue una gran obra para la vereda, en un momento en la escuela llegaron a ver más de 120 niños estudiando.

En esa época aquí en la vereda se cultivaba tabaco, maíz y millo y bueno el ganado también, pero no era mucho. El maíz y el millo se cultivaban y se entrojaban para irlo vendiendo poco a poco y ayudarse para el mercado, contar con reserva para el consumo de la familia y para alimentar las gallinas. Esa es una costumbre que se ha ido acabando, algunos todavía lo hacen, pero ya son poquitos. Ahora ya no se siembra millo y maíz se siembra poquito y la mayoría va cosechando y lo va vendiendo de una vez ya no se guarda.

Cuando yo tenía 10 años tenía que hacer muchos oficios antes de ir a estudiar a la escuela. Entonces, uno se levantaba temprano, yo tenía que ir desde aquí hasta San Gil con una carga de leche en una bestia, eso era dos veces a la semana, cuando le tocaba el turno de venta a mi papá. Yo llevaba 60 litros y la vendía a 50 centavos el litro. Cuando llegaba de San Gil mi mamá me tenía el almuerzo listo, me cambiaba de ropa y me iba a la escuela a estudiar.

Cuando yo tenía 12 o 13 años ya salía a ganarme el jornal como obrero. Era duro pero muy bueno. Cuando eso se trabajaba duro en los cultivos, pero también se comía muy bien. Se comía mucho maíz, eso era arepa, molidos, ruyas, mazamorra además hacían sopas con gallina, carne y hacían una sopa que le echaban de todo, porque en esa época se producía todo en estas tierras y como bebida no podía faltar la chicha de maíz.



Foto: Maíz en la troja, Oscar G

Aunque los cultivos ya disminuyeron mucho, en mi parcela todavía sigo cultivando de todo, tengo frijol, auyama, plátano, yuca, maíz, huerta y limón. Esa es una tradición que yo conservo desde muy niño, algo que me enseñó mi papá y yo también le digo a mis hijos la importancia de la tierra para poder producir lo que uno mismo necesita para vivir y espero que ellos no lo vayan a olvidar. Ellos ya no están aquí en la vereda, son profesionales y no tienen mucha proyección de volver al campo, pero uno nunca sabe.

Los domingos eran para descansar, con los amigos nos íbamos para un sitio que nosotros teníamos para reunirnos y jugar al chócolo, que consiste en hacer un hueco en la tierra y por turnos tirábamos monedas de igual valor y el que quedaba más cerquita o el que la metía en el hueco era el que ganaba. También jugábamos al trompo y había otro juego que se llamaba 'la Turra', parábamos un pedazo de palo y sobre él poníamos unas monedas y desde cierta distancia, con una piedra, que la llamábamos tejo, intentábamos tumbar el palo. El que lo tumbara cogía todas las monedas que le quedaran más cerquita del tejo. Esos eran nuestros juegos los días domingos.

Cuando ya estábamos más grandes por ahí de 18 años, nos íbamos de visita de casa en casa a guarapear, pero lo que hacíamos realmente era echarle el ojo a las muchas bonitas. Así conseguí pareja aquí en mi vereda a los 27 años, cuando uno les caía bien a los suegros dejaban que su hija saliera con uno, cuando no les caía bien no había nada que hacer. A los 28 años me casé y gracias a Dios tuve un hogar muy dichoso con seis hijos.

Hubo una época muy bonita en la que yo fui un promotor de la música aquí en la vereda. Yo iba a Venezuela compraba radiolas y las vendía a mis vecinos. Además, cuando se hacían reuniones acá en la escuela, yo traía una toca disco y era el encar-

gado de poner la música. Recuerdo que aquí en la escuela se hacían las novenas de aguinaldo, iniciaban a las 7 de la noche y de 8 a 10 de la noche bailábamos, así todas las 9 noches. Era algo muy sano y se respetaban los horarios, en el momento que se apagaba la toca disco todos salían para sus casas tranquilamente. Hoy en día se sigue celebrando la novena de aguinaldo, pero ya no hay baile, ahora todos se quieren ir rápido para la casa.

Después de que se hizo la cancha aquí en la escuela, se comenzó algo que se llamó el festival del recuerdo. Un espacio donde se reunían todas las colonias de la vereda El Cucharo, para recordar los viejos tiempos, hacer presentaciones culturales. Se celebraba el reencuentro comiendo, bebiendo y bailando durante un día hasta amanecer. Esto se hacía todos los seis de enero. El festival del recuerdo duró alrededor de siete años consecutivos. Después se dejó de hacer.



Imagen: Festival del recuerdo el Cucharo, jaime-neiraneira.blogspot.com

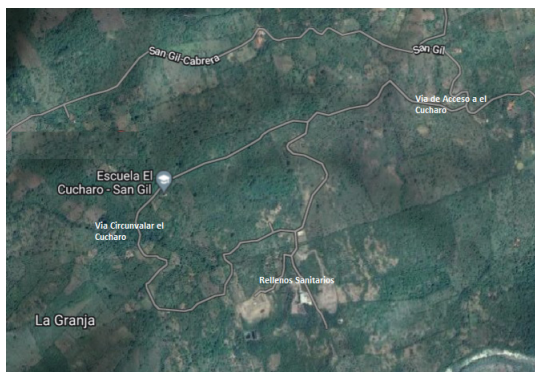


Imagen: Vía principal el Cucharo desde el cielo, Oscar G

La vía principal, es decir la que iba de San Gil para Cabrera, en 1958 llegaba más o menos hasta acá al frente de la vereda. Nosotros teníamos que salir desde aquí hasta la vía principal con la maleta al hombro y a veces llegaba una buseta de un señor del volador y nos llevaba hasta San Gil. La vía interna para la vereda era la vía privada para el predio del señor Santiago Muñoz, poco a poco él fue dando el permiso a la Junta de Acción Comunal para que también la usáramos. Después, también nos dio el permiso para hacer la carretera hasta aquí a la escuela, posteriormente logramos conectar esta carretera con la otra vía y que le diera la vuelta a la vereda, la llamamos la circunvalar.

La situación del agua en esa época se solucionaba con un aljibe que había aquí como dos cuadras de la escuela y ahí toda la comunidad iba por el agua. Era tanta la necesidad que desde las 3 de la mañana ya se podía encontrar gente cargando agua. En ese tiempo se bregaba mucho por el agua. A nosotros nos tocó comer agua de una laguna que tenía mi padre. En el año 1993 el señor alcalde Bernardo Gómez Silva nos manifestó que no tenía dónde botar las basuras, entonces nos propuso que si nosotros le dábamos permiso de botar las basuras acá en la vereda él nos traía el agua de Acuasan. Ahorita tenemos el agua del acueducto municipal y ya no sufrimos por el agua. Es más, los aljibes que están en la parte alta se secaron y de los que había en la parte baja solo queda uno, los demás se acabaron.

Hoy en la vereda estamos alrededor de unas 17 familias. Es que trabajar en el campo ya no es sostenible, entonces las personas se van para la ciudad a buscar mejores oportunidades, por eso creo que en 10 años la vereda va a quedar sola o al menos con muy pocas familias y las tradiciones las conservaremos nosotros los viejos, porque nosotros haremos lo posible por morir aquí en la vereda.



Foto: El Caney tradicional, Oscar G

Mis hijos me dicen que ya no me joda más, que venda, que me vaya para la ciudad. Pero yo no me voy a ir para el pueblo, aquí tengo de todo. Si me provoca comerme una cachama voy y la sacó de mi laguna, si quiero un pollo, una gallina, huevos criollos, yucas, plátanos, auyamas y maíz ahí los tengo. Además, tengo un caney con jardín y una huerta. Todo lo encuentro en mi parcela y vivo tranquilo, entonces a que me voy a ir al pueblo si allá uno no tiene dónde cultivar, ¿a llevar del bulto?

La voz de una madre preocupada



Foto: Escuela El Cucharo, Oscar G

Mi nombre es Gloria Janet Neira, tengo 46 años, soy ama de casa y vivo en la vereda el cucharo. De mi infancia tengo muchos recuerdos bonitos. Recuerdo que en la escuela llegamos a estudiar 80 niños, nos encontrábamos en los caminos reales y teníamos sitios de encuentro para jugar. Recuerdo mucho el sitio que lo llamábamos el mamón. También, íbamos al río a un sitio especial que se llamaba el remanso. En la escuela, los muchachos que eran más grandes, hacían polideportivos en los potreros de las fincas, porque no había polideportivo entonces. Todos íbamos a jugar allá también, además jugábamos por la carretera, esos eran los sitios de encuentro que nosotros teníamos.

La mayoría de la gente sembraba maíz blandito entonces cuando ya estaba seco, se recogía y lo almacenaban en trojas, que se hacían con caña, y ahí se almacenaba y se guardaba para el consumo y para ir vendiendo de a poquito. Todavía en algunas casas se conserva esta tradición. El maíz es lo que más se consumía. Se utilizaba para hacer la arepa de maíz pelado, la chicha, la mazamorra, los molidos, para comerlo también tostado.

la escuela, los



Foto: Gloria Yaneth Haciendo el Mute comunitario, Oscar G

También, se hacía una arepa especial, la arepa de seco. Para hacerla se muele el maíz seco, se le echa panela, huevo y mantequilla, bueno y lo que usted le quiere echar como aliño. Luego esa masa se extiende sobre piedra, no sobre bolsa y se ponen en el tejo de barro. Esperamos que y se cocinen por un solo lado luego se sacan se deja reposar un poco, cuando ya está bien tiesa, se ponen asar, paradas frente a la brasa, en el fogón de leña, un poco retirado para que no se quemem. Y ahí se van dorando con el calor de las brasas y es así que toman ese sabor especial. Estas arepas pueden durar 8 o 15 días o meses sin que se dañen.

Se hacía también la mazamorra, que es una sopa de maíz sancochado. Había gente que le hacía moliendo el maíz, y dejaba la masa dos días para que se fermentara y tomará un sabor especial fuerte, pero a otros no nos gustaba, por ejemplo, a mí no me gusta. Nosotros hacemos la mazamorra de maíz sancochado, pero no la dejamos fermentar, la hacemos el mismo día. Igual seguimos haciendo la chicha, las ruyas, los molidos de maíz de dulce y de sal, arepas y hayacos. Todavía consumimos mucho maíz y el que sobra del consumo se vende en San Gil por encargo, para la reventa o para personas que les gusta hacer sus arepas.

Los espacios de encuentro se han ido perdiendo. Recuerdo que en las reuniones familiares nuestros papás y nuestros abuelos eran los que tocaban la guitarra, la riolina y cantaban. Ellos amenizaban las fiestas. Me preocupa ver cómo la tecnología ha venido desplazando todas esas tradiciones, ha venido desplazando esas costumbres, por ejemplo, yo tengo una niña de 15 años a ella ya no le gusta el campo, no le gustan casi los productos que nosotros hacemos y eso que vive aquí en el campo. Los Jóvenes ya no se reúnen, poco comparten, está cada quien, en su casa, algunos se visitan, pero ya no hay mucho encuentro, cada quien se queda con su televisor y su celular. Recuerdo que nosotros esperábamos que llegaran los domingos o los sábados en la tarde para encontrarnos con los demás compañeros, a jugar a la turra, al chócolo o a cualquier juego y ahorita ya no pasa nada de eso.

Además, ahora en la vereda quedamos poquitas familias, quedamos como 20 de más de 80 que éramos antes. Ahora se produce menos, porque hay poca agua. Aunque tenemos agua de San Gil, del acueducto municipal, esa agua no se puede usar para la producción de la huerta. Al producir menos los ingresos también son insuficientes, entonces hay que salir a buscar otras alternativas. De igual manera muchos se han ido de la vereda porque aquí quedan los rellenos sanitarios y esto

junio 04 de mayo de 2023 - 12:00 AM

Wanadoo

Entregan nueva celda en relleno sanitario El Cucharo, de San Gil

La obra tuvo una inversión de \$1.500 millones provenientes de la Empresa de Servicios Públicos de Santander.



Suministrada / VANGUARDIA

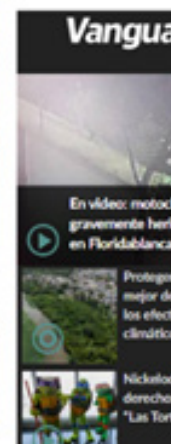


Imagen: Nueva celda relleno sanitario el cucharo, Vanguardia.com

genera contaminación. También se siente el olvido por parte de las administraciones municipales que han pasado. Otras familias se van porque cuando los muchachos crecen y empiezan a estudiar en San Gil, ya queda lejos para desplazarse todos los días entonces prefieren establecerse en el pueblo.

Yo me imagino que, de seguir así, en 10 años esta vereda prácticamente va a estar sola y olvidada. Ahora, si nosotros como papás, no le inculcamos a nuestros hijos las tradiciones y el amor por el campo. Si no les enseñamos a cultivar o a preparar las comidas típicas, como lo hicieron nuestros abuelos y nuestros papás, pues muchas tradiciones nuestras seguramente se van a perder también.



Foto: Vía de Acceso vereda el Cucharó, Oscar G

4. VEREDA OJO DE AGUA

La vereda Ojo de Agua se encuentra ubicada a 2.3 km de la cabecera municipal, en la vía que va desde San Gil hasta Cabrera. Aunque la carretera es destapada, se encuentra en buenas condiciones. Esta vereda limita con Guarigua Bajo, el Volador y el Cucharó, formando una zona conocida como Mochuelo. En el recorrido, se pueden observar algunos cultivos de maíz, así como muchas casas tradicionales junto a otras con diseños más actuales. El paisaje es un hermoso verde, con árboles en los potreros que brindan sombra al ganado.

Por su cercanía al área urbana de San Gil, el tráfico de carros y motos es constante en esta vereda. Además, al estar sobre la vía que lleva al municipio de Cabrera y a los rellenos sanitarios, el tráfico pesado también es permanente.

En esta ocasión, dos miembros de la Junta de Acción Comunal de la vereda han decidido compartir sus historias. Se trata de un hombre y una mujer, quienes ocupan cargos directivos. A pesar de sus diferencias de edad y perspectivas, ambos coinciden en aspectos importantes que han forjado la identidad de la vereda. Ahora, descubramos sus relatos.

4.1. LAS HISTORIAS DE OJO DE AGUA

La experiencia del presidente de la Junta

Mi nombre es Luis Felipe Acevedo, tengo 68 años, nací en el año 1955. Estudié la primaria aquí en la escuela de ojo de agua. Yo entré a la escuela cuando tenías 5 años de edad. Cuando eso las paredes eran de tapia pisada, luego se tumbó y se hizo una de material. En ese tiempo había bastantes personas, la vereda era bastante poblada, había unas 80 familias. Además, aquí venían los niños del Volador, del Cucharo y de Guarigua a estudiar, aquí hacían la primaria. Por lo central, Ojo de agua era el punto de encuentro de estas tres veredas.

Recuerdo que en esa época se cultivaba el tabaco negro, todavía amarillo no había llegado. También se cultivaba maíz, millo, auyama y tomate, pero del pequeñito, del que no le daban plagas porque cuando eso no había venenos de esos químicos.

Uno le ayudaba a su papá en la finca y quería ser trabajador como él, por eso la visión en ese momento era quedarse en la vereda, casarse, formar una familia y tener tierra donde producir. También había otros que querían viajar y se iban para otros horizontes, pero la mayoría se quedaba en la vereda.

Las enseñanzas de nuestros abuelos y de nuestros papás nos inculcaron la religión, el amor por el trabajo y la disciplina, porque los padres de antes eran tenaces, si le decían a uno que hiciera algo era mejor obedecer y hacerlo bien, si no había 'juete'. Por ejemplo, antes de irnos a estudiar a las 5 de la mañana se tenía que arrimar el agua a la casa, eso se hacía en chuchos y se hacían tres viajes de agua al día. Luego de traer el agua era hora de bañarse, cambiarse y ahí sí salir a estudiar. Luego, al mediodía volvía a almorzar, había que hacer otro viaje de agua y volvía a las 2 de la tarde a estudiar. A las 5 de la tarde, llegaba a la casa y tenía que ir a apartar los terneros, cuando había ganado e ir a traer agua otra vez porque el agua cargada no rinde.



Foto: Primer salón en ladrillo, escuela Ojo de agua, Oscar G



Foto: Don Luis contando Historias, Oscar G

Después se organizó la Junta de Acción Comunal, se hizo la gestión y se construyó un acueducto para todas las casas de las veredas, con una tubería metálica que no duró mucho porque el agua tiene sustancias que la fueron tapando. Luego se reformó

y se cambió la red por PVC. Cuando eso los técnicos del INDERENA vinieron e hicieron el estudio, ellos nos decían por dónde iban los tubos y nosotros hacíamos la chamba y así fue como hicimos el acueducto y todavía funciona. Aunque hoy en día está abandonado porque hay que cambiar tubería, arreglar los tanques y cambiar las uniones, pero, desgraciadamente no hay recursos suficientes para hacerlo.

En este sector siempre ha habido líderes buenos, recuerdo a los señores Martínez, los Vázquez y los señores Ayalas; ellos hacían parte de la dirección de la Junta de Acción Comunal. Fue a través de la Junta de Acción Comunal que se logró traer la electricidad a estas veredas, cuándo eso el Gobernador de Santander era el señor Alberto Montoya Puyana y había un parlamentario de esta zona un joven llamado Oscar Martínez Salazar, él consiguió los recursos para hacer la primera electrificación de las tres veredas, Volador, Ojo de Agua y El Cucharero. A nosotros nos tocó salir a cargar los postes y a hacer huecos. La comunidad colaboró mucho. Hoy en día la Junta todavía lidera muchas actividades en la vereda, no se cuenta con muchos recursos y a veces no hay mucha colaboración de las personas y eso hace que uno se vaya cansando, pero seguimos adelante.

De igual manera recuerdo que antes nos reuníamos a hacer un sancocho comunitario, una sopa de gallina, se hacía comida para todos y hacíamos jornadas de trabajo comunitario, pero eso poco a poco se ha venido perdiendo la tradición de hacer las cosas entre todos para el bien de todos.

La alimentación en esa época era muy buena, no se usaban productos químicos en las fincas, entonces había gallinas y huevos criollos, maíz y millo por trojadas, había comida en abundancia porque como no había carretera entonces no se llevaba todo al pueblo se tenía que llevar de a poquito a la espalda, en caballo, en mula o buey. Recuerdo que al desayuno se preparaba caldo con huevo y arepa o molidos de masa. Al almuerzo no podían faltar las ruyas, después había un piquete y la comida. Ahora si en la noche había ensartada de tabaco pues se hacía la cena y si se cumplía la tarea de las 20 sartas por persona la cena era especial y se les daban caldo, con gallina y arepa.

Es que más antes eso por aquí no había carretera eso era todo en mula, en buey y en burros por el camino real que comunicaba a San Gil con Cabrera y ahí llevamos el maíz, la carga de leña, lo que fuera y se traía al mercado para la casa. Ese es un camino importante porque comunicaba con Cabrera, Barichara y la vereda de Santa Elena y los caminos están ahí

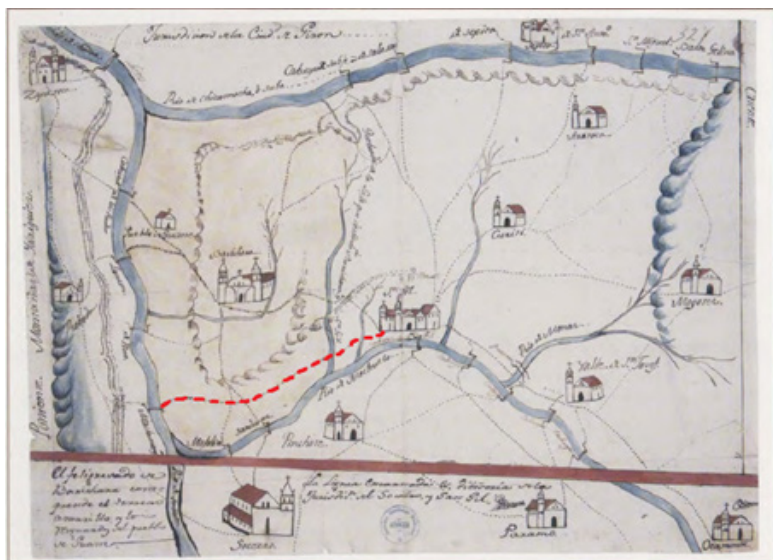


Imagen: Mapa, Camino que va de San Gil a Galán, pasando por las veredas de Ojo de agua y Cucharero, Biblioteca Nacional. Libro; Caminos reales de Colombia.

todavía quedan los rastros, pero ya no hay recursos para hacerle mantenimiento, eso podría ser un sitio de atractivo turístico en la zona porque hace parte de los caminos de Lengerke que comunicaba hasta con galán cruzaba el río Suárez por el puente Baraya.



*Imagen: Linterna a gasolina
Coleman*

Antes cuando no había electricidad, cuando no había luz, cada familia debía tener en su casa una lámpara de gasolina, una Coleman. Entonces, era necesario mantener gasolina disponible especialmente para las noches que tocaba trabajar en el tabaco. Ese era el principal cultivo de la vereda en esa época, Cuando era la cosecha, en el día se recolectaba las hojas y en la noche se ensartaban y eso era hasta tarde en la noche, entonces se necesitaba poder ver bien, no fuera que se clavara la aguja en un dedo y no en la hoja de tabaco. Era un cultivo que requería de mucho trabajo. Después la compañía que compraba se puso más exigente y decidió que no le servía ninguna clase de tabaco. Uno llevaba ocho bultos y le tocaba traer seis para la casa para seleccionarlo nuevamente y volverlo a llevar a ver si lo comparaban. Al final la gente se cansó, ya el ingreso no era igual y estaban cada vez más arruinados.

Recuerdo mucho que en esa época había mucha juventud, las familias eran numerosas, por ejemplo, mi familia somos nueve hermanos. Se hacían eventos de integración, era bonito cuando nos reuníamos en diciembre a celebrar las novenas de aguinaldo. De igual manera celebramos la semana santa, el jueves, el viernes santo y domingo de pascua, porque primero hay que orar y después a trabajar.

También celebrábamos el San Isidro, se hacían arcos con los productos que cada uno cultivaba en su finca y había gente que compraba esos arcos y ese dinero se le entregaba a la parroquia. Cuando éramos parte de la parroquia de la catedral, el mismo Monseñor Quijano era quien venía casa a casa pidiendo el aporte para la fiesta de San Isidro. Después ya pasamos a ser parte de la parroquia Cristo resucitado y ahora somos parte de la parroquia La Divina Misericordia. Algo bueno es que se mantiene la tradición de colaboración con la parroquia y se sigue celebrando la fiesta de San Isidro.

En la escuela se hacían unos bazares muy bonitos. Venía el padre Ramón González Parra, él era el que motivaba por estos lados, traía un acordeón y hacía bailar a toda la gente y promovía la integración sana de las veredas. Esos bazares duraban dos días y nunca se presentaron problemas. Cuando eso no había cerveza, solo había chi-



*Foto: Padre Ramon Gonzales Parra,
<https://naurotorres.blogspot.com>*

cha y guarapo. Ahora por aquí muy pocos hacen chicha porque dicen que sube el colesterol y que sube la tensión.

Hoy en día somos menos los agricultores que quedamos en la vereda. Se cultiva maíz y frijol, pero poquito y ha aumentado la ganadería. Los dueños de las fincas grandes ya no dejan la tierra para cultivar como antes, ellos quieren es tener potreros para ganado. Además, la mayoría de los jóvenes están trabajando en construcción en San Gil, porque allá les pagan mejor. Ya hay personas que han aprendido muy bien el oficio y construyen casas, entonces ellos mismos se van llevando a los otros jóvenes para que aprendan.



Foto: Ganadería Ojo de agua, Oscar G.

Los niños y los jóvenes estudiando ya no quieren hacer lo que hacían los abuelos y sus padres, ya no quieren relacionarse con el campo. Entonces se va reduciendo la población y la producción. Ya somos poquitos los que todavía quedamos aquí trabajando la tierra.

El ambiente por aquí empezó a cambiar desde que se implementaron los basureros hace unos 30 años, aquí en la vereda vecina de El Cucharo. Se empezó a ver basura por todas partes, a sentir malos olores y moscas por todas partes. Pero además las empresas de recolección de basuras comenzaron a ofrecer empleo a las personas de la vereda. Muchos aceptaron y se fueron a trabajar con ellos. Porque allá les pagaban bien y entonces ya no había que trabajar en el campo. Eso motivó a que muchos jóvenes se fueran a trabajar en las empresas de basura. La visión del campesino cambió, porque ya no era necesario echar pica, echar azadón o sembrar plantas, ahora la única preocupación era salir a trabajar temprano, cumplir con el horario y llenar los requisitos de la empresa y al mes recibir el salario, que para algunos es una buena remuneración, pero también es cierto que es un trabajo muy riesgoso, porque eso trabajar con la basura es muy peligroso. A mí me dijeron venga Don Felipe y trabaja con nosotros y menos mal no acepté porque, de lo contrario ya estaría pensionado, pero en el cementerio.

Yo trabajé con tabaco, millo, maíz y tomate y les daba trabajo a 20 obreros permanentes ahora siembro lo que yo mismo puedo manejar con mi señora. Tengo un poquito de maíz y en la mayoría del terreno tengo árboles de cítricos. Aunque hubo un tiempo en el que el número de familias de la vereda disminuyó, otra vez está llegando más gente a la vereda y se está viendo progreso. Yo me imagino que en 10 años vamos a tener una vía pavimentada, entonces va a cambiar la región porque ya no va a volar tanto polvo, la contaminación va a disminuir, se van a valorar las fincas y más gente va a querer construir en la vereda, entonces habrá más desarrollo que beneficie a todos.

La producción según lo que yo veo y pues va a seguir decayendo porque hoy en día no se está inculcando en ningún colegio o en la escuela que los niños salgan a cultivar, creo que en 10 años va a ser difícil conseguir, quien trabaje la tierra y produzca alimentos. Entonces se debe promover la agricultura, que se apoye al campesino, que se le den garantías porque hoy en día a cada uno le toca responsabilizarse por su pérdida. Es posible que haya más influencia del sector urbano y seguro se amplíe la zona urbanizable hasta aquí.

Es así que las tradiciones campesinas de aquí en 10 años tienden a desaparecer, las organizaciones también se van debilitando porque ya nadie quiere ser líder, ya nadie quiere ser presidente de la Junta de Acción Comunal. Yo he sido presidente 3 periodos consecutivos. La gente colabora, pero uno se va cansando. Mis hijos vienen a visitarme y me dicen, papá no se joda más vamos para el pueblo y yo le digo No, déjenme aquí en el campo, haciendo lo que a mí me gusta.

La Joven vicepresidente.

Yo soy Auroras Céspedes, tengo 38 años y soy vicepresidente de la Junta de Acción Comunal. Toda mi vida ha sido acá en la vereda Ojo de Agua, en la finca El mirador de mis papás Céspedes Vernal y ahorita con mi esposo hemos conformado la familia Arena Céspedes.

Tengo recuerdos muy bonitos de cuando era niña, recuerdo que con los compañeros jugábamos al Chócolo, a la Lleva, hacíamos rondas, se hacían muchos juegos diferentes. Igualmente, nuestro papá y nuestros abuelos nos enseñaban juegos, como la coca y el trompo. Ahorita en la escuela les están recordando esos juegos tradicionales a nuestros hijos. Porque ahorita poco se practican.



*Foto: Los productos de la Huerta,
Ojo de agua, Oscar G*

Recuerdo las fiestas en mi niñez, cuando nos reuníamos en el mes de septiembre, a celebrar el día del amor y la amistad. En diciembre, cuando celebrábamos las novenas de aguinaldo. Los niños y los jóvenes participábamos mucho en esas actividades. Ahora ya es muy poco lo que nos reunimos, la juventud día tras día va cambiando y entonces las tradiciones se van dejando a un lado.

Yo no he vivido muchos años, pero ya he presenciado cosas diferentes, he visto cambios. Por ejemplo, para tener agua en la casa era difícil. Recuerdo que, en la vereda, en la parte baja, contaban con un aljibe y como nosotros vivíamos en la parte alta allí no llegaba el agua. Entonces para darle a los animales, para el servicio de nosotros mismos, bañarnos, cocinar, lavar la ropa y para hacer de todo lo necesario, teníamos que

cargar el agua desde una finca vecina en pimpinas, a la espalda e en un burrito hasta nuestra casa.

Menos mal, después de un tiempo llegó el acueducto de San Gil y llevó el agua a todas las casas, lo que pasa es que esa agua no se puede usar para cultivar.

Ahora ya no se cultiva igual, antes había mucho tabaco y eso se acabó. Las empresas que comparaban el tabaco cerraron. Se cultivaba también mucho maíz y tomate, pero hoy en día ya es poca la gente que cultiva. Lo que sí hay es un crecimiento de la producción de ganado y de camuros. En las parcelas que tienen agua disponible para riego, van teniendo sus maticas, pero ahora es de a poquito. Por ejemplo, en mi casa tengo una huerta pequeña, ahí tengo cilantro, tomate cherry, cebolla y ají. De ahí saco para el consumo de la familia y para vender. Con eso nos ayudamos para la subsistencia en la alimentación y en lo económico. También tenemos unos árboles frutales. Pero eso no es suficiente para vivir por eso mi esposo tiene un empleo en San Gil, él trabaja en Acuasan, es el fontanero de estas tres veredas Cucharó, Ojo de Agua y el Volador.

Las reuniones familiares siguen siendo especiales y son la oportunidad para preparar los platos tradicionales. Nosotros cuando nos reunimos preparamos mute, ruyas, sancocho o ajiaco, porque muchas de esas cosas todavía las conservamos. En el caso mío, mi mamá todavía está viva, ella me enseñó y ahora es ella quien me motiva, me dice que no hay que dejar de hacer esos platos. Ella es la que promueve que se haga la chicha para las reuniones familiares.

Para hacer la chicha, el ingrediente fundamental es el maíz, entonces hay que arreglarlo, molerlo, hacer una masa, se soba, se deja en reposo unos tres días, luego se cuele con melado de panela y después se deja fermentar, preferiblemente en una vasija de barro. Eso es un proceso como de 8 días para que esté lista para tomar. Por eso ahora se hace poquito y solo se hace para reuniones especiales.

Yo espero que en 10 años nosotros podamos mantener estas tradiciones, que podamos enseñar a nuestros hijos lo que nosotros aprendimos de nuestros papás y abuelos. Que no dejemos olvidar nuestra historia. Va a ser difícil, porque ya los jóvenes y los niños se han ido a estudiar a San Gil y hay bastante influencia de lo urbano. Hay poca motivación por lo rural, por conservar la tradición campesina y menos por producir la tierra, entonces el reto es mayor. De lo contrario las tradiciones van a desaparecer y la producción agropecuaria de la vereda va a disminuir bastante.

5. RETOS Y DESAFIOS

El proceso de recolección y procesamiento de estas historias, permite identificar retos y desafíos. Algunos personales, otros comunitarios y otros Institucionales.

Los desafíos personales son aquellos que requieren de reconocer el aporte del campo en cada una de nuestras vidas y valóralo como tal. Es el que tiene que ver con mis decisiones de consumo de los productos agrícolas locales. Es la valoración de las luchas que afrontan las familias del campo para sobrellevar las diferentes dificultades que se presentan. Es valorar el conocimiento de los mayores sobre el cultivo y la protección de la tierra. Es reconocer la importancia de la labor del campesino en la producción de alimentos, en la conservación de las tradiciones y en la construcción de la identidad rural.

Los desafíos comunitarios tienen que ver con el fortalecimiento de los espacios de encuentro en lo rural. Reconocer la importancia del trabajo comunitario en la protección de los bienes comunes, las vías, la tierra, el agua y las tradiciones.

Y en los desafíos institucionales se encuentran el respaldo que requieren los campesinos en la promoción y protección de su labor. El respaldo en el ordenamiento del suelo de forma favorable a su entorno. Que se apoye en la protección de las fuentes hídricas. Apoyo a las iniciativas productivas de los jóvenes para que haya un incentivo para quedarse en el campo. Que las memorias de lo rural sean cada vez más tenidas en cuenta en el marco de la identidad cultural sangileña.

Estos son algunos de los desafíos que se recogen del sentir de las personas que de manera generosa decidieron compartir sus historias con nosotros.



CONCLUSIONES

Es importante reconocer que cuando recorremos nuestro territorio, y cuando hablamos con las personas que han habitado estas tierras, nos encontramos con una diversidad de historias personales, pero también podemos identificar, valores, visiones comunes y sentires compartidos sobre la realidad vivida en su vereda. Esta es solo una muestra de cómo las memorias individuales van dando forma a la identidad colectiva.

Escuchar estas historias da una pincelada de los procesos históricos, personales y organizativos que han tenido que vivir estas comunidades. Además, desde ellos mismos pueden hacer una proyección de lo que le puede pasar si las dinámicas, económicas, sociales, culturales y políticas en torno al campo no cambian.

Queda un reto importante para el Instituto de Cultura y Turismo de San Gil en cuanto a continuar con esta labor, de recoger y documentar parte de la memoria de las demás veredas de San Gil. Gracias a Guarigua Bajo, EL Volador, Ojo de Agua y el Cucharero por abrirnos las puertas y compartir con nosotros parte de los que son, de su historia, de su identidad.